

nuestras músicas á la puerta de Mergelina. Es indispensable, amigo mío, que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique más que nada á su reputación.

»No me hice de rogar, y respondíle que iría á su casa con mi guitarra así que anochebiese, y podía llevar á su ama esta agradable noticia. Hizolo así, y dió á la apasionada amante la más alegre y gustosa nueva que podía desear, con la esperanza de verme y oírme aquella noche.

»Pero faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta después de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá llevaba andada ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto «agua va,» que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado, no sabía qué partido tomar. Volverme á casa era exponerme á las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros míos: ir á la de Mergelina en aquel magnífico equipaje, no me lo permitía la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á casa del médico, persuadido de que encontraría á Marcos á la puerta y que todo se remediaría antes de presentarme en aquel estado á Mergelina. En efecto, fué así: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió, me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse y que aquella noche podíamos divertirnos á nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo que me había pasado. Mostróse muy condolido de ello y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorrumpió en expresiones del mayor dolor, como si me hubieran sucedido las más funestas desgracias; y después, como si hablase con la puerca que me había puesto de aquella manera, se desfogó echándole mil maldiciones.

— »Señora, le dijo Marcos, moderad esos impulsos, considerad que el lance fué puro efecto de casualidad, y no conviene mostrar tan fuerte enojo.

— »¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasión para vengarle!

»Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones; porque mientras Marcos me estaba limpiando con una toalla, Mergelina fué corriendo á su cuarto, trajo una cajita llena de todo género de perfumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos y

los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluido el sahumero y aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina y me trajo pan, vino y algunos pedazos de carnero asado que tenía guardados para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacía plato, ya me echaba de beber, á pesar de cuanto Marcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena, templamos prontamente los instrumentos y arreglamos las voces para dar principio á nuestro concierto. Mergelina quedó embelesada de oírnos; bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que mientras cantábamos, yo lanzaba de cuando en cuando hacia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas, porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto aunque ya hacía mucho que duraba. Por lo que toca á la señora, las horas le parecían instantes, y de buena gana hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacían horas, no le hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decírselo más de diez veces; pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dejó sosegar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y veía á su ama tan locamente apasionada, temía que nos sucediese algún desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor; porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospecha y á dudar de algún enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los celos, que hasta entonces le había respetado, quiso inquietarle, comenzó á reprender nuestras músicas, y aun hizo más, prohibiéndonoslas en tono de amo que quería ser obedecido; y sin dar razón alguna de lo que mandaba, declaró que no aguantaría más que se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Notificóme Marcos esta resolución que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entonces me desazonó muchísimo, porque sentía perder las esperanzas que había concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligación de fiel historiadador, debo confesar que á corta reflexión me costó poco el conformarme y llevar con paciencia aquel revés de la fortuna. No así Mergelina, cuya afición cobró mayor fuerza.

— »Querido Marcos, dijo al escudero, de ti sólo espero algún consuelo; ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á Diego.

— »¿Qué es lo que usted me pide, señora?, le respondió colérico; demasiada contemplación he tenido con usted. No, no quiera Dios que, por fomentar una loca pasión, contribuya yo á deshorrar á mi ama, á la pérdida de vuestra

reputación y á mancharme á mí mismo con el borrón de tal infamia, después de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irreprochable. Antes dejaré la casa, que servir en ella de un modo tan vergonzoso.

— ¡Ah, Marcos!, replicó la señora, asustada de estas últimas palabras; me atraviesas de parte á parte el corazón cuando hablas de marcharte. Pues qué, ¿piensas, cruel, dejarme después que me has reducido al lastimoso estado en que me veo? Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh!, ¡y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaría de gran paz mi corazón, en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvencciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando quisiste enmendarlas... Pero ¡qué es lo que digo, desdichada de mí!, continuó ella llorando; ¡á qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero. Mi pasión me ha trastornado el juicio; compadécete de mi flaqueza. Tú eres mi único consuelo; y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

»Al decir estas palabras creció su llanto, de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dejó caer en una silla como persona que se rinde al peso de su aflicción. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamás se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndole lleno de ternura:

— ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! No tengo fuerzas para combatir vuestra pena, que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliáros. Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar de vuestro deber, cuando la compasión sola lo ha tenido para no acordarme yo del mío.

»De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprochable conducta, se sacrificó muy servicialmente á la pasión de Mergelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dijo que tenía ya pensado el modo de proporcionarme una conversación secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas después llegó á mis oídos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que había en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponía á rasurarle, me dijo:

— »Sr. Diego, ¿cómo le va á usted con su amigo el viejo escudero Mar-

cos de Obregón? Ya sabrá usted que está para marcharse de casa del doctor Oloroso.

— »No por cierto, le respondí.

— »Pues sépalo usted, me replicó, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mío acaban de tener una conversación á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: «Señor boticario, tengo que hacer á usted una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante, que guardase á mi mujer. — Ya entiendo, respondió mi amo: usted necesitaría de la señora Melancia, que fué la que custodió á mi difunta esposa, que, aunque ha seis semanas que enviudé, todavía la mantengo en casa. A la verdad me sería muy útil para gobernarla; pero se la cedo á usted gustoso por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar en ella en punto á la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas y un verdadero dragón para guardar la castidad del sexo frágil. En doce años que estuvo al lado de mi mujer, que, como usted sabe, era moza y linda, no vi en mi casa ni aun la sombra de un galán. Sí, por cierto, bonita era la dueña para sufrirlo; sobre este punto no aguantaba chanzas. Aún diré más: mi mujer á los principios gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad.» Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iría la dueña á ocupar el lugar del escudero.

»Esta noticia, que tuve por cierta, como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Marcos, que vino después de comer, acabó de desvanecérmelas confirmando todo lo que me había dicho el mancebo.

— »Amigo Diego, me dijo el buen escudero, estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Además de haberme echado á cuestras, muy contra mi inclinación, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Mergelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo ya fuera de estos cuidados, y sobre todo de los peligros que los acompañan. Por lo que á ti toca, hijo mío, también debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos.

»Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podía esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero, aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaría bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuían á aquella mujer era capaz de desesperar á los amantes más pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habían pintado, no dejé de entender, dos ó tres días después, que la señora médica había adormecido á aquel Argos y corrompido su fidelidad.

Salía yo una mañana de casa á afeitarse á un vecino nuestro, cuando una buena vieja se llegó á mí y me preguntó si era yo Diego de la Fuente. Respondíle que sí, y ella me replicó:

- »Pues á usted venía yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de doña Mergelina, haga alguna señal, y luego le será abierta.

- »Muy bien, le repliqué yo; pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maullido del gato, y maullaré dos ó tres veces.

- »Basta eso, repuso la mensajera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de usted, Sr. Diego, el cielo le conserve. ¡Qué galán sois! A fe que si yo fuera una niña de quince años, no le buscaría para otra.

»Diciendo esto se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

»Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Marcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaría durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hacia su puerta. Allí dí principio á mis maullidos, que debían oírse de lejos y hacían mucho honor al maestro que me había enseñado tan bello idioma. Un momento después bajó la misma Melancia á abrir con mucho tiento la puerta, y volvió á cerrarla luego que yo hube entrado. Subimos á la sala en donde habíamos tenido nuestro último concierto, la cual estaba débilmente alumbrada por una luz que ardía sobre la chimenea. Nos sentamos juntos para dar principio á nuestra conversación, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer sólo causaba la conmoción de Mergelina, y la mía estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teníamos que temer por parte de su marido, pues se había apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegría. Sin embargo, le pregunté:

- »Señora, ¿cómo habéis podido engañar la vigilancia de vuestra aya? Por

lo que oí decir de Melancia, no creía que os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras y mucho menos de vernos á solas.

»Sonriéndose entonces Mergelina de mi pregunta, me respondió:

- »Dejarás de sorprenderte de la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos, luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido le hizo mil caricias y me dijo: «Mergelina, te entrego á la dirección de esta discreta señora, que es compendio de todas las virtudes y espejo en que debes mirarte de continuo para instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años á la mujer de un boticario amigo mío; pero dirigió... de lo que hay poco, en términos que hizo de ella casi una santa.» Estas alabanzas, que el aspecto grave de Melancia no desmentía, me costaron muchas lágrimas y me pusieron desesperada. Me figuré las lecciones que tendría que escuchar desde la mañana hasta la noche y las reprensiones que me sería forzoso aguantar todos los días. En fin, consentí en llegar á ser la mujer más desgraciada del mundo, y olvidando toda consideración en medio de una esperanza tan cruel, le dije con mucha sequedad á la aya luego que me vi sola con ella: «Sin duda os dispondréis para hacerme padecer mucho; pero debo advertiros que soy poco sufrida y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazón está dominado de una pasión que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podéis tomar vuestras medidas: redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañarla.» Al oír estas palabras la dueña adusta, que bien creí que iba á ensartarme un sermón por primera entrada, se puso risueña y me dijo con tono afable: «Mucho me agrada vuestro carácter; vuestra franqueza provoca la mía, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah, bella Mergelina, qué mal me conocéis si formáis juicio de mí por el elogio de vuestro esposo ó por la severidad de mi exterior! No me tengáis por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos sino para ser útil á las mujeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el grande arte de disfrazarme; y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto á un tiempo de la comodidad del vicio y de la reputación que da la virtud. Para entre nosotras, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el día todos se contentan con tener sus apariencias. Dejaos guiar por mí, continuó la aya, y veréis cómo se la pegamos tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmacéutico, porque no me parece más respetable la frente de un médico que la de un

boticario. ¡Pobre señor!, ¡cuántas piezas le jugamos su mujer y yo! ¡Qué amable era aquella señora, y de qué bello carácter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien la juventud: ha tenido qué sé yo cuántos amantes, á quienes introduje en su casa sin que su marido lo advirtiese jamás. Así, señora, miradme con ojos más favorables, y estad convencida de que, por más talento que tuviese el escudero que os servía, nada perderéis en el trueque y aun tal vez os seré más útil que él.» Figúrate ahora, Diego, continuó Mergelina, si habré agradecido á la dueña el haberseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creía de una virtud austera. Ve ahí cómo se juzga mal de las mujeres. Melancia se granjeó desde luego mi afecto por este carácter de sinceridad, y la abracé con gozo extremado, que le manifestó con anticipación cuánto me alegraba de tenerla por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, le pedí que me proporcionase cuanto antes una conversación á solas contigo; lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la vieja que te habló y que es una mensajera que le sirvió muchas veces para la mujer del boticario. Pero lo que hay de más gracioso en esta aventura, añadió Mergelina riéndose, es que Melancia, por la relación que le hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto á él y ocupa mi lugar en este momento.

— »Lo siento mucho, señora, dije entonces á Mergelina, y de ningún modo apruebo vuestra invención. Vuestro marido puede muy bien despertarse y echar de ver el engaño.

— »¡Oh, eso no!, replicó ella con precipitación; no tengas el menor cuidado por eso, y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una mujer que te quiere.

»La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecía mis temores, no omitió nada de cuanto creyó á propósito para serenarme, y por fin hizo tanto, que llegó á conseguirlo. Desde este momento ya no pensé más que en aprovecharme de la ocasión; pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las risas y de los juegos, se disponía á labrar mi felicidad, oímos dar unas fuertes aldabadas á la puerta de la calle. Al instante el Amor y su comitiva volaron á manera de unos pajarillos tímidos, espantados repentinamente por un gran ruido. Mergelina me ocultó debajo de una mesa que había en la sala, apagó la luz, y como lo había concertado con su aya en caso que este contra-tiempo sucediese, se fué á la puerta de la alcoba en que dormía su marido. Entretanto, los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repetición, que, despertando el doctor, se sentó en la cama dando voces á Melancia. Arro-

jóse ésta de la cama, aunque el viejo, que creía era su mujer, le decía que no se levantase; reunióse con su ama, que sintiéndola á su lado, la llamaba á gritos para que fuese á ver quién estaba á la puerta.

— »Ya estoy aquí, señora, le respondió la aya; volveos á la cama si queréis, que yo voy á ver lo que es.

»Durante este tiempo, habiéndose desnudado Mergelina, acostóse con el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la obscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable y la otra tenía mucha disposición para serlo.

»La aya no tardó en presentarse en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo á su amo:

— »Señor doctor, tenga usted la bondad de levantarse aprisa, porque al librero Fernández Buendía, vecino nuestro, le acometió una apoplejía, y os llaman de su parte para que voléis á su socorro.

»El médico, vistiéndose lo más pronto que pudo, partió á casa del enfermo, y su mujer, en bata de noche, vino con la aya á la sala en donde yo estaba, y me sacaron de debajo de la mesa más muerto que vivo.

— »Nada tienes que temer, Diego, me dijo Mergelina; serénate.

»Al mismo tiempo, diciéndome en dos palabras de qué modo se había arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversación que tenía conmigo y había sido interrumpida; pero se opuso á esto la aya.

— »Señora, le dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero y volverse inmediatamente; además de que, añadió viéndome traspasado de miedo, ¿qué haríais con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversación? Más vale ponerle en la calle y dejar el negocio para mañana.

»Doña Mergelina convino en ello, aunque á pesar suyo: tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenía destinado.

»En cuanto á mí, menos afligido de haber malogrado los más preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fuí á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algún tiempo indeciso si acudiría á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir más bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, ó más bien dicho, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaría por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno, y aun representó á mi imaginación á Mergelina con nuevos atractivos y ponderó el precio

de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremés, y muy resuelto á tener más firmeza, con tan bellas disposiciones, me fuí al día siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche y en medio de obscuridad tan grande, que no se veía brillar una sola estrella en el cielo. Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos del gato, que un pastor de Olmedo me había enseñado, y lo hice tan al natural, que un vecino que volvía á su casa, teniéndome por uno de estos animales cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los pies y me lo arrojó con toda su fuerza, diciendo: «¡Maldito sea el gato!» Recibí tan fuerte golpe en la cabeza, que quedé aturdido por el pronto y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas resultas y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Mergelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscase algún otro conocimiento, de lo que no me informé, porque nada me importaba, pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.»

CAPÍTULO VIII

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversación que con él tuvieron

Contóme el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me vi precisado á oírse las, y en verdad que no fué breve la relación, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el mesón que nos dispusiesen una buena sopa y asasen una liebre, después de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos había sobrado en la cena.

Después de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gran gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacían sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veintisiete á veintiocho años, que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenía á su lado sobre la hierba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas, por otra parte, de buen rostro y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condición de que había de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen más abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó.